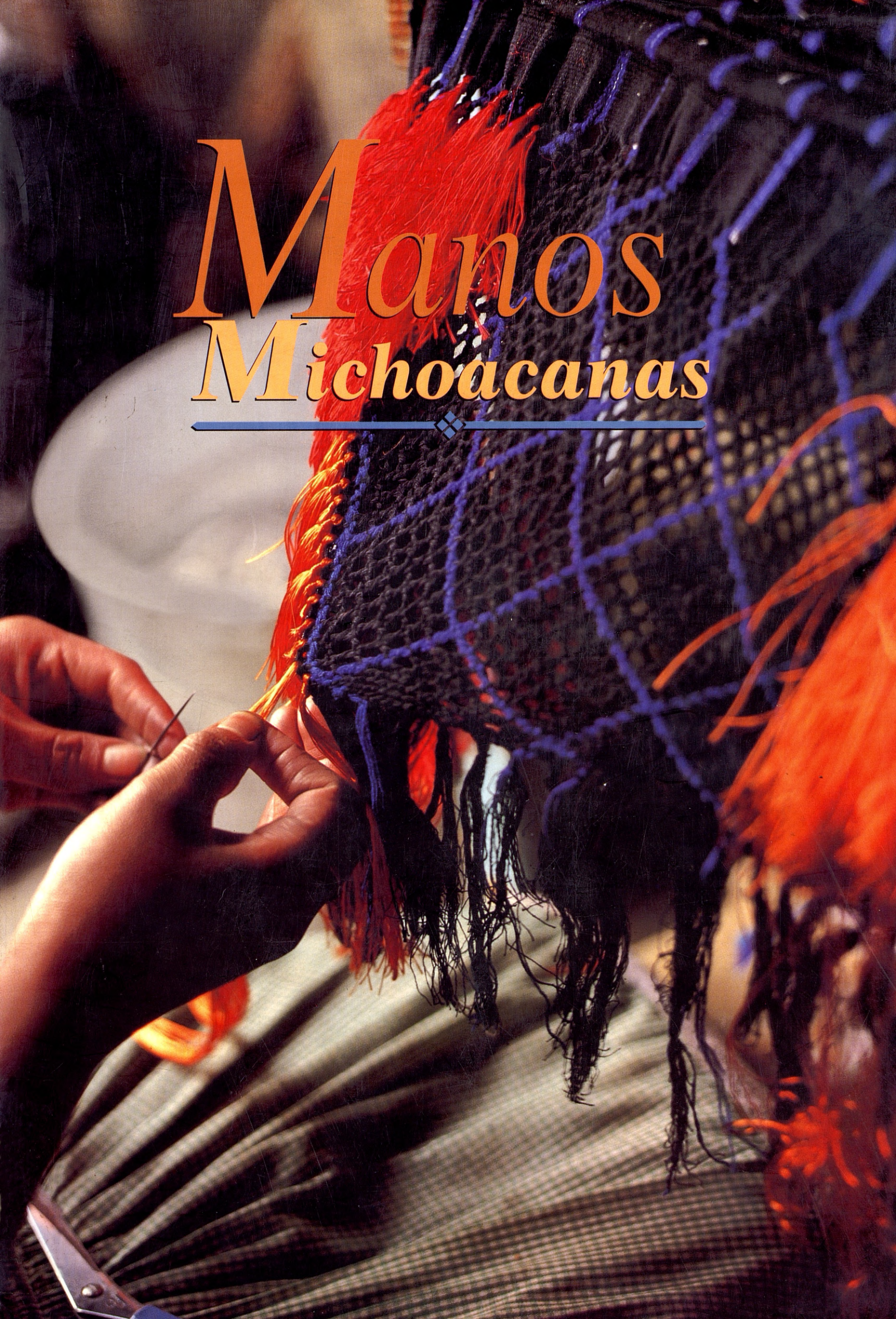




Manos Michoacanas



Manos Michoacas

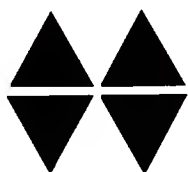
Verónica Oikión Solano, coordinadora

*María del Pilar Alvarado
Josefina María Cendejas
Roberto G. Cruz Floriano
Armando Mauricio Escobar Olmedo
Manuel González Galván
Moisés Guzmán Pérez
Miguel J. Hernández M.
Fernando Martínez Cortés
Francisco Miranda Godínez
Laura América Pedraza Calderón
Amalia Ramírez Garayzar
Cayetano Reyes García
Gerardo Sánchez Díaz*

*Fotografía:
Vicente Guijosa
Raúl Ramón Ramírez
Rolando Sandoval*



EL COLEGIO
DE MICHOACÁN



GOBIERNO DEL
ESTADO DE
MICHOACÁN



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



Contenido

Manos a la Obra
Verónica Oikión Solano
El Colegio de Michoacán

15

Sobrevivencias de Artesanías Prehispánicas

Francisco Miranda
El Colegio de Michoacán

35

El Trabajo Manual Purépecha en la Época Colonial

Cayetano Reyes García
El Colegio de Michoacán

49

*Manos de Arrieros y Lomos de Mula en la Economía
Michoacana del Siglo XIX*

Gerardo Sánchez Díaz
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

65

Tierra, Manos, Agua y Fuego. El trabajo en el alfar

Josefina María Cendejas
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

83

Rebozos Purépechas
Amalia Ramírez Garayzar
El Colegio de Michoacán

101

El Encaje y el Armadillo. Creando arte en cobre

María del Pilar Alvarado R.

Miguel J. Hernández M.

El Colegio de Michoacán

117

Manos Maqueadoras

Laura América Pedraza Calderón

El Colegio de Michoacán

129

Tsireri Jatarhakua Orhoeri Tsiriri. «Pasta de caña de maíz»

Roberto G. Cruz Floriano

Artesano de Tzintzuntzan

145

Plumaria Michoacana

Armando Mauricio Escobar Olmedo

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

161

Los Plateros y la Platería en Michoacán

Moisés Guzmán Pérez

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

177

Las Manos del Municipio de Tlalpujahua

Fernando Martínez Cortés

Academia Nacional de Medicina

193

Del Alfarje al Artesonado

Manuel González Galván

Universidad Nacional Autónoma de México

205

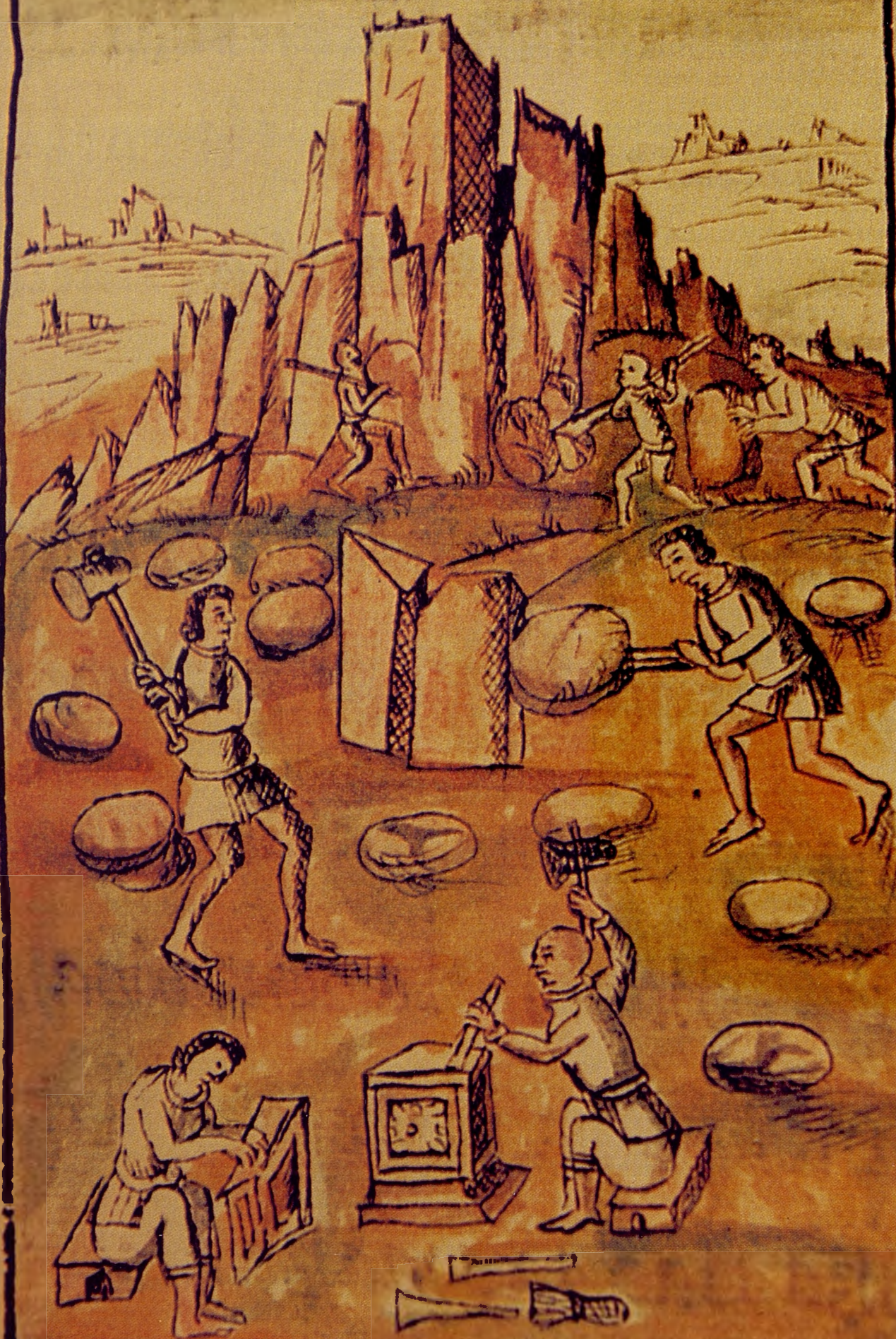
Índices

Ilustraciones

Onomástico

Toponímico

221



EL TRABAJO MANUAL PURÉPECHA EN LA ÉPOCA COLONIAL

Cayetano Reyes García



EL TRABAJO MANUAL DE LOS PURÉPECHAS

de la época colonial significó a las manos y a las sinergias que empleó el hombre para producir los elementos necesarios para cubrir las cargas tributarias que exigían los oficiales reales y los ministros religiosos. Además, las manualidades producidas se emplearon en satisfacer necesidades básicas, de recreación y estéticas; el purépecha con sus propias manos transformó y dio uso a las materias primas que tuvo a su alcance en su medio ecológico. El empleo de las sinergias humanas precedió al control y al uso de las fuerzas naturales y atómicas en el proceso de producción.

Las manos estuvieron siempre presentes en el hacer y el quehacer del hombre, significando la vitalidad, el gusto por la vida y el deseo de vivir. Las manos se convirtieron en los principales elementos de producción. La fortaleza de las manos rivalizó con la fuerza de los animales, del aire y del agua que movilizaron molinos y muelas en la elaboración de instrumentos de trabajo, de mercancías, artículos de lujo y de recreación.

El producto que procedió de materia prima natural, silvícola, metálica y no metáli-

ca o agropecuaria y que fue transformado por manos purépechas fue denominado producto manual y de trabajo manual. El sustantivo manual determinó que las sinergias humanas habían intervenido en la elaboración y transformación de la materia, en la operación de los instrumentos para crear, definir, modelar y terminar un producto. Sin embargo, la sociedad colonialista comenzó a distinguir

las ocupaciones por el tipo, instrumentos, lugares



y libertad de producción, hizo énfasis en la especialización del trabajo y diferenció a los oficios en: mecánicos, artísticos y manuales. La actividad artística fue privilegiada y fue reservada a la élite creadora que manejó el dibujo, la pintura y la escultura. Los oficios mecánicos fueron definidos por reglas, normas y leyes de la física, matemáticas y química; a las actividades mecánicas les fueron adheridas otras labores que requerían ciertos patrones de diseño y manejo de los instrumentos, para producir una serie de productos del

mismo tamaño, extensión, color y características físicas; como su nombre indica, el proceso de producción fue mecánico, sometido a determinadas normas, reglas y la participación del hombre fue rígida, anulando su capacidad creadora. Los trabajos manuales fueron comprendidos entre las labores que no seguían patrones ni normas ni leyes, pero creaban, elaboraban, modelaban y determinaban a los elementos participantes en atención al gusto del trabajador y en relación a la habilidad técnica del ejecutor.

Los distintos oficios fueron jerarquizados social y culturalmente, pues se indicó que los trabajos artísticos eran desempeñados por los españoles, las labores mecánicas se reservaron a los mestizos y los trabajos manuales se destinaron a los purépechas y maceuales. En 1580 se afirmó que los naturales de Pátzcuaro es decir de Michoacán eran «oficiales primísimos: caldereros (fundidores de metales, campaneros (forjadores de campanas), torneros y entalladores (de imágenes y retablos) y principalmente pintores (de santos y vírgenes) y plumajeros y de otros oficios de que se sustentan»:¹ sastres,



carpinteros, plateros, zapateros, curtidores, canteros, albañiles, jarreros, carpinteros de obra menuda, herreros, pescadores, pajareros que hacían obra de plumas.² Los oficios tuvieron distintos orígenes. Los campaneros, los torneros y talladores de retablos, pintores de santos y vírgenes, lozanos de cerámica vidriada, sastres, zapateros y herreros fueron de origen español. Los fundidores, torneros, los talladores de piedra y madera, plumeros, carpinteros y pescadores fueron de origen mesoamericano y purépecha. El origen del oficio también dio una

calidad social al trabajador y preponderó al europeo en atención al mesoamericano.

Los oficios estuvieron supeditados a los intereses del imperio español. Desde el inicio España trató de controlar la producción de algunos derivados de la seda, de los juegos y de las diversiones. Los oficios mecánicos y artísticos fueron ordenados y reglamentados para que fueran desempeñados por individuos que se encontraban en las ciudades capitales, diocesanas y sufragáneas; el desempeño de sus labores requirió espacios especializados, los cuales comúnmente recibieron el nombre de talleres y obrajes. En Michoacán en 1590 el virrey de la Nueva España otorgó licencia de tener en Zaguayo un telar de sayales a Gaspar Clemente natural,³ ubicado en los límites del obispado de Michoacán y de Nueva Galicia. Aunque nueve años después, el virrey prohibió que los obrajes se ubicaran en áreas rurales, mandó que se reubicaran en las ciudades capitales y ordenó que todos los talleres fueran concentrados en Valladolid (hoy Morelia). Los mandamientos virreynales incrementaron la producción

urbana de paños, jergas, costales, sayales y otras ropas.⁴ La lucha se mantuvo en forma constante por controlar la producción, la urbe contra el campo, las capitales contra las provincias. En general se observó que las capitales provinciales trataron de consolidar la producción y distribución de los deriva-

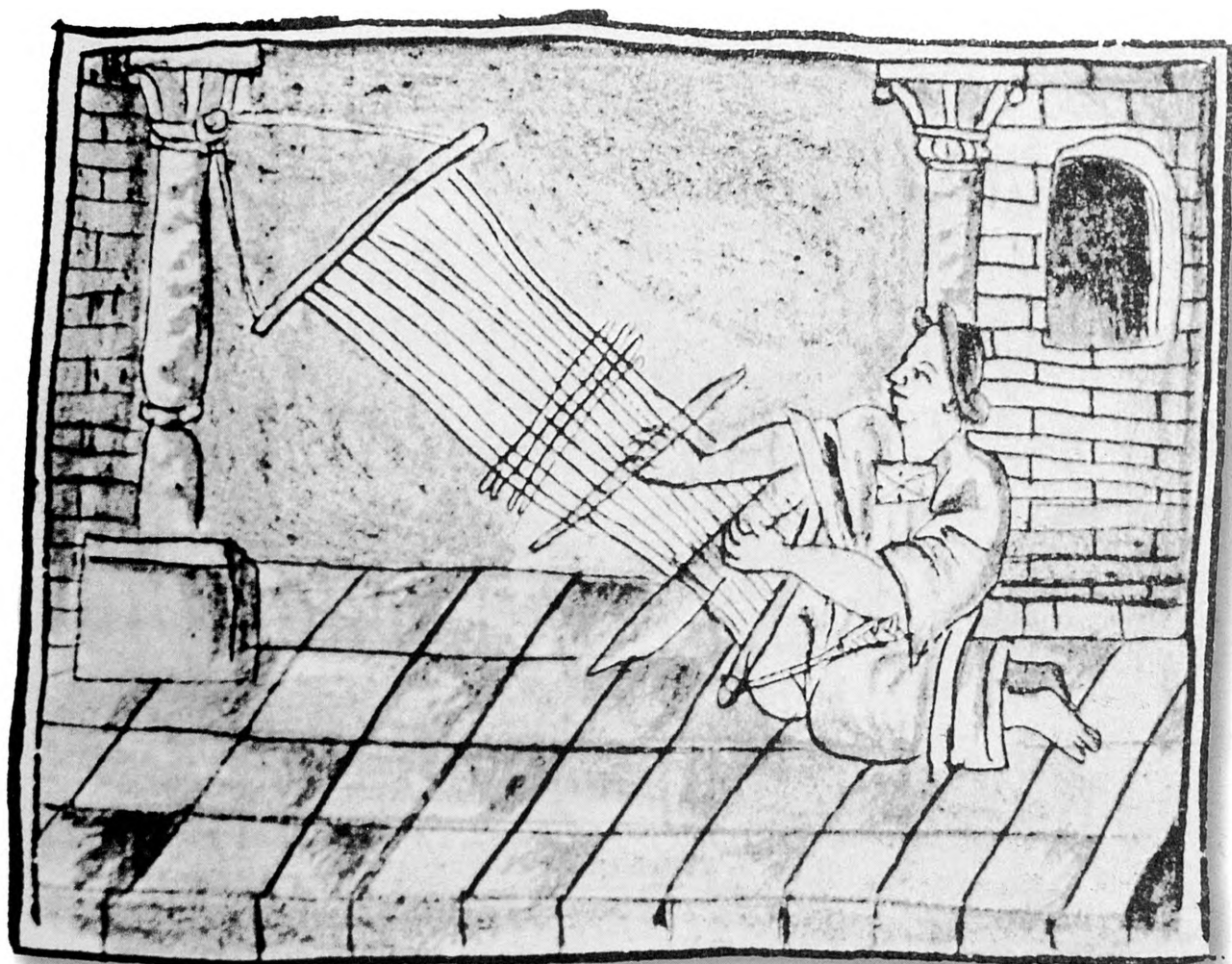
dos del algodón. El monopolio de la producción y del mercado se fue logrando poco a poco, pero se realizó bajo la férula de la corrupción, del ejercicio del poder vertical y del clientelismo. En 1590 treinta y dos principales de la ciudad de Pátzcuaro y sus barrios indicaron que hacía cuatro años que eran gobernados por don Constantino Huitzimingari, quien era un «hijo adulterino» y que teniendo el título de cacique y señor «tuvo traza y orden con algunas personas, criados y allegados del marqués de Villamanrique, visorrey

1. A. Ochoa y G. Sánchez. 1985:118.

2. C. Paredes, 1994:390.

3. C. Paredes, 1994:335.

4. S. Zavala, 1987:III:436.



que fue de esta Nueva España, corrompiéndolos con dádivas y cohechos para ser puestos en el dicho gobierno»; el gobernador procedió «con tanto agravio y daño de todos ellos, que no se puede esperar menos que su total destrucción y ruina» de los naturales, impuso continuos y ordinarios trabajos para labrar casas y edificios en la ciudad de Valladolid «para sí y sus parientes, deudos y allegado», cargó de tamemes y aprovechó de su servicio personal sin paga que merecían. Repartió «entre los oficiales de todos los oficios», entre: los pintores, carpinteros, plumajeros, herreros, caldereros y otros muchos, «excesivas obras para que cada uno en su oficio le acuda con la parte que dice pertenecerle por vía de tributo y señorío, de que ha sacado en veces muchas imágenes, jícara, escritorios, mesas, bufetes, cajas, cerraduras y cobre labrado que vale gran suma de dinero para dar y presentar a sus valedores». La producción manual cobró gran relevancia, pues el gobernador se levantó «con la contratación» de los productos, por vender

«en su casa y en el mesón público teniendo de ellas trato y granjería, y lo que peor es que como el susodicho tiene madre, deudos y parientes, cada cual es como otro gobernador y mandón, causador de agravios, molestias y vejaciones, cometiendo los unos y los otros graves delitos dignos de ejemplar castigo».⁵

Se pudo observar que las luchas no se presentaron únicamente entre regiones, sino que también se desarrollaron internamente en los grupos sociales. Además, los oficiales tendieron a la profesionalización de sus actividades y reclamaron las ordenanzas para que sus actividades se realizaran sistemáticamente. Con frecuencia el enfrentamiento se observó al señalar los celos de los trabajadores manuales. En 1583 en Pátzcuaro los oficiales de hacer platos, escudillas de loza vidriada y otras piezas de barro indicaron que «algunos indios olleros que no son, ni han

5. C. Paredes, 1994:327, 328.



sido, ni pueden ser oficiales del dicho oficio, ni lo saben, hacen los dichos platos mal hechos y de donde se sigue fraude y engaño a la república». El virrey tuvo que tomar cartas en el asunto y mandó que sólo los oficiales usen el oficio y no los olleros⁶, es decir, prohibió que cualquier natural desempeñara y realizara los trabajos de hacer loza, salvo los que obtuvieran licencia.

A pesar de la jerarquización social y cultural de los oficios manuales, del interés monopolístico del imperio, de las distintas luchas que suscitaron los estamentos sociales, los oficios fueron relevantes para la colectividad y considerados dignos de ser transmitidos a la posteridad. En 1592 los principales naturales de Pátzcuaro indicaron que los oficios convenían a la conservación y aumento de la república, además observaron que era menester que los oficios «no se pierdan y que se comuniquen y vayan mostrando y enseñando a los indios mozos por sus mismos padres, y con esto permanezcan». La conservación de los oficios sería la prosperidad de los naturales. El virrey mandó que el alcalde mayor viera quiénes laboraban, en dónde se ubicaban y cuáles eran sus barrios, qué hijos varones tenían y «a éstos los hagan que aprendan los oficios de sus padres. Y a los que a esto no se aplicaren de su voluntad, los asienten en otros oficios, los que ellos eligieren, de suerte que ninguno quede vacante ni vagabundo»; además, el mandamiento virreinal ordenó que para «que mejor puedan asistir, los reserve de todo servicio personal de repartimiento a todos los oficiales y a sus hijos que acepten hacerlo».⁷

A pesar de la relevancia que tuvieron las labores manuales, los oficios de origen purépecha tomaron distintas vertientes, unos fueron eliminados, otros fueron asimiliados por los mestizos y españoles, las manos purépechas se vieron privadas de algunas actividades, y otros trabajos continuaron en manos purépechas. Entre los oficios que fueron eliminados encontramos a los que producían bezotes, narigueros y orejeras para el uso exclusivo de los *irecha* (dirigentes y guías) y de los dioses antiguos, pues, tanto el cristianismo como los oficiales reales prohibieron sus usos

y reproducciones. Los oficiales de la pluma eran denominados en Mesoamérica con el nombre de *amantecas* y en la castellanización se les denominó «plumajeros», los viajeros extranjeros comúnmente los llamaron artistas del dibujo y la pintura con plumas de aves.

A fines del siglo XVI se afirmó que los plumajeros de Pátzcuaro eran los más elegantes «pintores de plumas» de la provincia de Mechoacán; así mismo en años posteriores se afirmó que: «aquí fabricaban los indios aquellas pinturas famosas de pluma, sin entrar otro color ni barniz, valiéndose de la abundancia de aves que crían los montes, muy esquisitas en su color y variedad. He visto algunas pinturas de gran primor y lustre». Ellos utilizaban «en primer lugar las plumas de pequeñísimos pájaros, que en Perú llaman tomimeos», en México se nombran *huizitzil* «y otros [pajaritos], los cuales además de su gran variedad de colores, brillan extraordinariamente».

Los plumajeros en atención a su sensibilidad definían los modelos y daban las formas a los objetos y cuadros. La pluma se empleaba para dar matices diferentes a las pinturas; con las indumentarias de las aves hacían paisajes, emblemas, retratos, pendones, estandartes y dibujos caprichosos. Los oficiales de la pluma trabajaban «con pequeñas pinzas [...] le quitan a los pájaros las más sutiles y pequeñas plumas y con la más delicada cola, preparada cuidadosamente a tal fin, las unen y las arreglan apropiadamente con admirables destrezas y prontitud».⁸

A fines del siglo XVI se observó que el oficio de plumajero era de gran importancia y sus ocupantes recibieron distintos privilegios. En 1590 trece plumajeros de la ciudad de Pátzcuaro solicitaron ser reservados de los servicios públicos y reales que prestaban a los españoles por estar ocupados en «ciertas obras de su oficio de importancia», pues «no pueden alzar la mano» y afirmaron que «si los llevan al repartimiento sería causarles daño». El trabajo en el repartimiento era obligatorio a todos los naturales de la Nueva España. Sin embargo, el virrey mandó que el repartidor no los compela «a servir por ninguna vía».⁹ En 1591 Diego Guacuzan, Juan Ojo, Juan Zizique, Pedro

6. C. Paredes, 1994:213.

7. C. Paredes, 1994:390.

8. J. Laet, 1995: 108, 109.

9. C. Paredes, 1994:336.

Huizaqua, naturales de la ciudad de Pátzcuaro hicieron «relación que de ordinario están ocupados en uso de sus oficios de plumajeros y otras cosas del servicio de su majestad y de la república, a cuya causa ellos no pueden acudir a las obras, tequios, servicios personales a que acuden los indios». En ese año también el virrey mandó que no acudan ni sean compelidos a los servicios personales «atento a la ocupación que tienen en el uso de sus oficios de plumajeros, ni acudir a los tequios».¹⁰



Durante los siglos XVII y XVIII el oficio de amanteca cobró gran relevancia en las ciudades de Tzintzuntzan y Pátzcuaro y se llegó a afirmar que los michoacanos eran de

«ingenio agudo y fecundo para toda obra de industria, en especial para la de pluma, que entran como parte principal por su belleza en los presentes que se hacen al rey de España, y en los regalos que se envían a los grandes señores de su corte».¹¹

Sin embargo, a fines del siglo XVIII se comenzó a hacer énfasis en que el oficio de plumajero casi se perdía y se comenzó a afirmar que «ya han olvidado este ejercicio». Pero, el espíritu artístico no acabó, en esa época en Michoacán los purépechas cobraron relevancia por pintar, maquear y acharolear bateas, cajas y jícaras.

La hilandería y la elaboración de mantas de algodón fueron otros dos trabajos manuales de los más antiguos que desarrollaron los

purépechas. A principios del siglo XVI se encontró que se elaboraban mantas en casi toda el área Lacustre, en la Meseta Purépecha, en la Cañada de los Once Pueblos, en las regiones de la Ciénega de Zacapu, en Cuitzeo, en Uruapan y en la Cuenca del Tepalcatepec.

A principios del siglo XVI la producción de mantas se empleaba para tributar a los *irecha*



y los remanentes eran ocupados en la indumentaria de los purépechas. En mesoamérica la manta también se empleó en calidad de unidad de cambio en el mercado, es decir, significó a un tipo de moneda que se utilizó en el mercado. Después de haberse consolidado el dominio español, las mantas se destinaron para pagar el tributo a los encomenderos, el cual se pagaba en piezas de manta. Cada pieza de manta tenía tres brazas de ancho por cuatro de largo. Para hacer la conversión es conveniente tener presente que una braza medía por lo mínimo un metro y medio y un máximo de dos metros; por consiguiente, una pieza de manta era por lo menos de cuatro metros y medio de ancho por seis metros de largo y su tamaño máximo podía ser de seis metros de ancho por ocho metros de largo. Cada pieza de manta valía dos reales o menos. En Uruapan cada manta tenía cuatro piernas, cada pierna era de dos brazas y una cuarta de largo por tres palmos de ancho o sean setenta y cinco centímetros de ancho; una carga tenía veinte mantas. A partir de la segunda mitad del siglo XVI el sistema tributario fue monetarizado en oro y plata, cada pieza de manta fue suplida

10. C. Paredes, 1994:448.

11. T. Gage, 1995:115.

MANTAS: LUGARES DE PRODUCCIÓN EN EL SIGLO XVI

LUGAR	AÑO	MANTAS TRIBUTADAS
Comanja y Naranja	1537	40 mantas torcidas (m.t.) cada 80 días (c./d.)
Barrios de la Laguna	1539	20 m.t. c. 80 d.
Pátzcuaro	1547	2 m.t. c. 80 d.
Erongarícuaro	1547	2 m.t.
Guanimao	1547	2 m.t.
Huiramánguaro	1547	2 m.t. c. 80 d.
Cuítzaro	1547	2 m.t.
Jarácuaro	1547	1.5 mantas
San Jerónimo Purenchécuaro	1547	2 m.t. de 3.5 brazas de largo
Pichátaro	1547	2 m.t. c. 80 d.
San Andrés Ziróndaro	1547	2 m.t. c. 80 d.
Uricho	1547	2 m.t. c. 80 d.

Fuente: C. Paredes, 1984, pp. 69-72.

por seis tomines de plata,¹² o sean setenta y cinco centavos plata.

Bajo el dominio español las mantas cambiaron radicalmente su proceso de producción, las técnicas, los medios, los instrumentos y los propietarios. El material de elaboración cambió en la segunda mitad del siglo XVI, el algodón fue cambiado por lana de ovejas. El telar de cintura individual fue cambiado por el telar de obraje. En la primera mitad del siglo XVI el algodón se traía de Tierra Caliente. El cardar e hilar era una tarea netamente femenina. Sin embargo, el primer virrey de la Nueva España Antonio de Mendoza fue el que inició la introducción del ganado lanar en gran escala y el purépecha comenzó a participar directamente en la producción textil: «Los hombres trasquilaban a las ovejas para obtener lana, la cardaban e hilaban». Posteriormente, en forma común se observó que en toda la provincia de Michoacán se veía que los hombres y las mujeres hilaban en sus casas, en las puertas y por las calles iban hilando, en una mano traían el copo y en la otra el huso «y no lo tienen por cosa vergonzosa, aunque nos reímos los españoles». A pesar de todos los cambios, las mujeres purépechas

continuaron tejiendo en telares de cintura, sacaban telas y mantas «muy galanas» que pintaban y dibujaban «en ellas cuanto quieren y de cuantos colores les parecen bien».¹³

A partir de la última década del siglo XVI por mandatos virreinales la producción textil fue concentrada en las áreas urbanas y de las capitales provinciales, los talleres de producción fueron denominados obrajes y en su mayoría pertenecieron a individuos privilegiados,



quienes fueron premiados y nominados desde el centro de la Nueva España por el virrey.

En el siglo XVIII Michoacán fue reconocido por la gran producción que aportaban sus telares. Se pudo observar que entre los mestizos y criollos la especialización del

12. S. Zavala, 1984, I:63.

13. A. Ochoa y G. Sánchez. 1985: 191, 192.

trabajo en la hilandería y textiles fue muy marcada, en cambio entre los purépechas no hubo especialización de su mano de obra. Entre la gente nativa de Michoacán hubo una combinación del tejido con la agricultura, con la pesca y con la producción lacustre. En 1792 en el área purépecha se encontró que específicamente los hombres de razón se dedicaban al tejido de la manta y había doce tejedores en Tacámbaro, seis en Cocupao, cuatro en Zacapu y ocho tejedores en Apatzingán y varias mujeres se dedicaban a hacer rebozos.¹⁴

Michoacán obtuvo relevancia por la producción textil y sus obrajes. Sin embargo, éstos se ubicaban en los centros mestizos y criollos. En San Miguel el Grande (también conocido con el nombre de San Miguel de los Chichimecas y San Miguel de Allende) se desa-

rolló la gran industria artesanal de los telares: dieciocho grandes telares eran de españoles y trescientos cuarenta y ocho pertenecían a los naturales. En 1810 se contaban diez telares de jergas, jerguetillas, frazadas, sabanillas y sayales; seis telares de paños y bayetas y curtiduría de tambores, baquetas, cordobanes y otras especies que desaparecieron durante la guerra de Independencia. Los telares se restablecieron hasta 1873 y sumaron la cantidad de trescientos cincuenta unidades.¹⁵ La industria de hilados y tejidos creó al símbolo nacional de México, el sarape. El sarape fue un producto mestizo, tuvo sus orígenes en las raíces mexicanas y españolas. Surgió de la manta de algodón y fue tejido en lana de origen europea. El producto despertó la imaginación artística del hombre y se fue extendiendo a todas las provincias.¹⁶ Al virrey marqués de Bran-

14. Archivo General de la Nación, Historia, vol. 73. Descripción de Pátzcuaro, véanse las descripciones por cada lugar que se mencionan.

15. F. de la Maza, 1972:19.

16. F. de la Maza, 1972:17.





ciforte le proporcionaron diversos ejemplares de los productos tejidos de San Miguel el Grande. En forma similar Maximiliano recibió «un finísimo jorongo [...] formando el pabellón nacional y ostentando el águila mexicana». En 1903 el papa recibió un sarape «con un bordado en el centro que representaba nada menos que el pórtico ojival de la primera iglesia de la villa» de San Miguel de Allende.¹⁷

La producción de mantas y las labores manuales de hilados y tejidos no desaparecieron entre los purépechas y permanecen hasta nuestros días. Sin embargo, el proceso de producción no es por la especialización del trabajo sino que el purépecha va alternando otras diversas actividades agrícolas, silvícolas, vida lacustre y pesca, con el tejido. En 1792 se pudo observar que en Aguiran se ocupaban «en hacer calcetas y medias de algodón con agujas hechas de otate y en sembrar maíz en tierras propias». En Parangaricutiro sus mujeres se ocupaban en hacer colchas y mantas de algodón, en cambio los hombres, españoles y naturales se ocupaban de la arriería y de la agricultura. En Paricutín los ochenta y un tributarios que conformaban el total de la población se ocupaban en la agricultura y sus mujeres «en hacer mantas y colchas». En Ario los setenta y siete tribu-

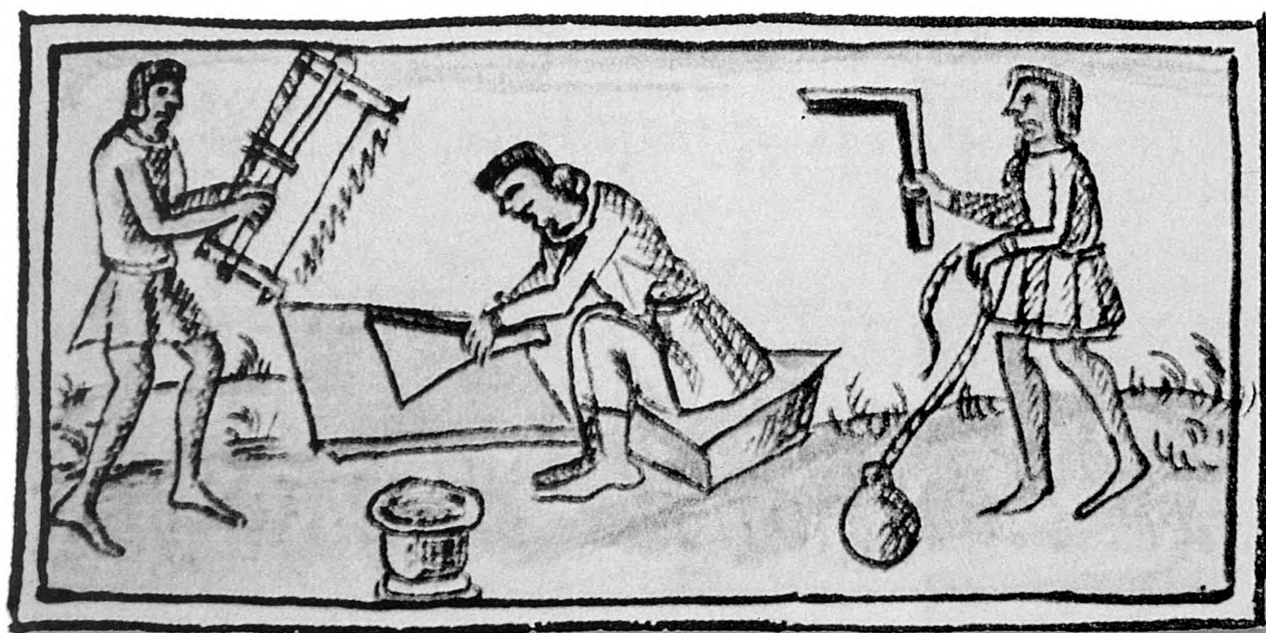
tarios se ocupaban en la siembra de trigo de temporal y de riego, beneficiaban algunas cortas porciones de añil silvestre y de frutales, y algunas familias pobres se dedicaban en forma exclusiva a tejer mantas de algodón.

El tejido entre los purépechas tuvo otras perspectivas en las áreas lacustres. En primer lugar se dedicaron a elaborar redes para la pesca, por ejemplo en Siraguen, Cucuchuchu, Iguatzio, Poacuaro, Janitzio y en Jarácuaro se



empleaban en la pesca del pez blanco y ellos mismos fabricaban las redes y demás utensilios: canoas, remos, velas y jarcias. Otra vertiente del tejido fue desarrollada en el trabajo del tule especialmente para elaborar petates, asientos o equipales, sombreros, sombrillas, sandalias, cestos, tenates, petacas, etcétera.

17. F. de la Maza, 1972:19.



Estas actividades comúnmente fueron combinadas con las labores agrícolas en Purenchécuaro, Ziróndaro, Uricho y en Arucutin. El tejido se convirtió en una de las labores manuales que continuaron realizando constantemente los purépechas y se desarrolló también en el manejo de raíces y carrizos para la elaboración de cestos y recipientes que comúnmente recibieron los nombres de «chundes», canastas, canastos y chiquihuites.

La carpintería purépecha destacó en transformar los árboles michoacanos en elementos de construcción, muebles, juguetes y vihuelas. El oyamel era la materia prima para hacer tablas y tejamanil. El tejamanil era una tabla de «nueve pies de largo y un palmo de ancho». Es conveniente recordar que un pie era similar a veintiocho centímetros y un palmo era igual a veinticinco centímetros, es decir un tejamanil medía aproximadamente dos metros cincuenta centímetros de largo por veinticinco centímetros de ancho. El tejamanil se sacaba con mucha facilidad: «derribado el árbol y hecho trozos del tamaño que han de ser las dichas tablas y texamaniles, a dos golpes de acha salen de largo a largo. Sácanse de un árbol diez y quince carretadas de texamanil y más». El tejamanil era elemento indispensable para la construcción purépecha y a fines del siglo XVI se afirmó que

con ellos los terrados [techos] y sombreados. Téchanse casas e ingenios de minas y en provincias hay que no se cubren las casas con otra cosa en lugar de teja».¹⁸

En toda la región purépecha los techos se caracterizaban por ser de tejamanil, no había casa o sombra que no se techara con tejamanil. Sin embargo, en 1792 en Zacapu se observó que algunos naturales comenzaban a utilizar la teja en los techos de las construcciones.

El oficio de tejamanilero ha estado asociado al bosque michoacano y se puede afirmar que la manualidad ha corrido la misma suerte que la flora, se incrementó o decreció a medida del uso racional/irracional del árbol. En 1792 en Tupátaro se observó que todos se ocupaban en hacer tejamanil y vendían su producción en diferentes «poblaciones extrañas», se exportaba de la región purépecha. Los tejamanileros combinaban su oficio con las actividades agrícolas en pequeña escala, sembraban trigo y maíz, pues «sus tierras son delgadas y muy pocas», sus terrenos eran muy reducidos «hasta para el acopio del tejamanil, que es principal renglón de su industria, tienen que ir a cortar la madera a los montes de Tacámbaro, pagando [...] por el usufructo 50 cargas anuales». En Comachuén se ocupaban en labrar tejamanil y tablas; además, cultiva-

«es buena granjería en todas las Yndias de esta Nueva España, porque entablan

18. A. Ochoa y G. Sánchez, 1985:188.

ban sus manzanos y sembraban maíz y trigo en porciones escasas. En Turíquaro labraban tejamanil y tablas, cogían yesca, colmeneaban y sembraban escasas porciones de maíz por tener tierras «muy delgadas y poco útiles».¹⁹

Bajo el dominio español las manos purépecha transformaron la madera y la actividad en general cayó en el renglón de la carpintería. La actividad se desarrolló en torno al eje volcánico y en especial en la Meseta Purépecha. En 1580 se informó que en Tiripitío de los «roble y encinos hacían muchas carretas, arados y otras cosas» que les servían para cultivar la tierra, pizar y almacenar su producción agrícola. De los pinos hacen muchas tablas para las casas, puertas, cajas, escritorios, escribanías, mesas y artesas.²⁰ En 1585 se observó que Tzintzunzan «es aquel pueblo de gran vecindad de indios tarascos y hay entre ellos algunos mexicanos tecos; toda es gente política y curiosa a su modo [...] lábranse xícaras, mesas y escritorios muy galanos».²¹ Un siglo más tarde se comenzó a aplicar una ley *determinista* en relación al bosque michoacano y se afirmó: «como hay en abundancia madera de brasil y

de otras clases. confeccionan cofres, aparadores y otras obras».²²

En 1792 se informó que en Pichátaro todos los tributarios se ejercitaban «en cuidar sus huertas, sembrar en tierras propias maíz y trigo» y trabajaban en el oficio de carpintero. En Angaguan, Corupo y Capacuaro se ocupaban en hacer cajones y además se empleaban en cuidar sus perales y sembrar maíz. En Cuanajo todos eran carpinteros y hacían cajas que vendían en Cocupao (hoy Quiroga), allí los naturales pintaban las cajas de vivos colores; además hacían camas que llevaban a vender a Valladolid. Cocupao también se caracterizó por la elaboración de bateas. En Sevina, Quinceo y Arantepaqua se dedicaban todos a hacer fustes y sembrar escasas cantidades de maíz porque «las tierras son muy delgadas e ingratas». En Cocucho se ocupaban en «hacer pequeños tornos y con herramientas convenientes» hacían «cuentas de rosarios de cierta madera fina que van a buscar a Tierra Caliente y llaman Tanpinziran»; las cuentas de los rosarios se pulían cuidadosamente «con un palito de la misma madera y un pedazo de gamuza», se ponían muy lustrosas; los oficiales estaban «tan diestros» que concluían «en un día el surtido de seis rosarios».

19. Archivo General de la Nación, Historia, vol. 73, Pátzcuaro. Vease la descripción del lugar.

20. S. Ochoa y G. Sánchez, 1985:188.

21. A. de Ciudad Real, 1995:77

22. J. de Laet, 1995.





Los carpinteros de Paracho se ocupaban en hacer vihuelas, violines, sillas, taburetes y algunos otros muebles domésticos «todos groseros»; además, la carpintería y la ebanistería eran combinadas con la siembra de maíz «en tierras litigiosas y que se disputan hoy contra los caciques de Aranza». En Zirosto se distinguían por hacer bateas «y sembrar en tierras propias maíz y trigo de temporal». En Uruapan hacían y pintaban cajas, jícaras y bateas; parte de la producción era distribuida en Pátzcuaro y otra parte en Valladolid.²³

Las manos de los naturales de Santa Fe de la Laguna eran multifacéticas, se ocupaban de la pesca, cultivaban frutales, sembraban maíz y trigo de temporal, labraban vigas, hacían y pintaban cajas y bateas, fabricaban esteras, casas y construían adobes. El hombre purépecha cambiaba constantemente de actividad y posiblemente se podía especializar en múltiples tareas.

El árbol fue el principal elemento que transformaron las manos purépechas, se puede

afirmar que el hombre se adaptó en un cien por ciento al ciclo de la planta. En 1792 se hizo hincapié que el bosque proporcionó a la humanidad la principal fuente de energía calorífica. Las manos purépechas transformaron al árbol en leña y carbón. En Zurumútar, Guecorio, San Bartolomé Pareo, Aramútar y en Zezen-guaro toda la población se alquilaba para cortar leña, la cual servía para alimentar las calderas de los trapiches cañeros que producían azúcar. Las haciendas redujeron el espacio habitacional y agrícola de los naturales «los han estrechado de suerte que reducidos a escasísimos límites y éstos de mala calidad no tienen otro arbitrio que el de ausentarse».

El carbón fue un artículo básico en los hogares purépechas, se consumió en gran escala durante la época colonial y en el siglo XIX; en México fue sustituido por el petróleo y sus derivados hasta el siglo XX, en su calidad de principal energético para cocinar en el hogar y en los hornos caseros; además, se utilizaba en la industria incipiente y en la fundición de metales. Cada barrio de Michoacán tenía un expendio de carbón o en su defecto «a diario recorren las calles

23. Archivo General de la Nación, Historia, vol. 73, Pátzcuaro. Véase la descripción de cada localidad.



vendedores ambulantes», quienes importaban el carbón de las regiones boscosas. El carbón de alta calidad calorífica se producía especialmente del encino, otros tipos de menor calidad procedían del pino y del ocote. El carbón se utilizaba en la fundición de cobre en Santa Clara del Cobre, en donde se «producían toda clase de vasijas útiles para el uso doméstico». En Opopeo y en Santa Clara hacían carbón, sembraban maíz y trabajaban de «operarios en las funciones de cobre»,²⁴ en las haciendas inmediatas. Los nativos fueron presionados por los hacendados y abandonaron las tareas agrícolas y para subsistir movieron las manos en el uso del hacha. Los purépechas produjeron carbón en cantidades increíbles, suficientes para fundir a gran parte de

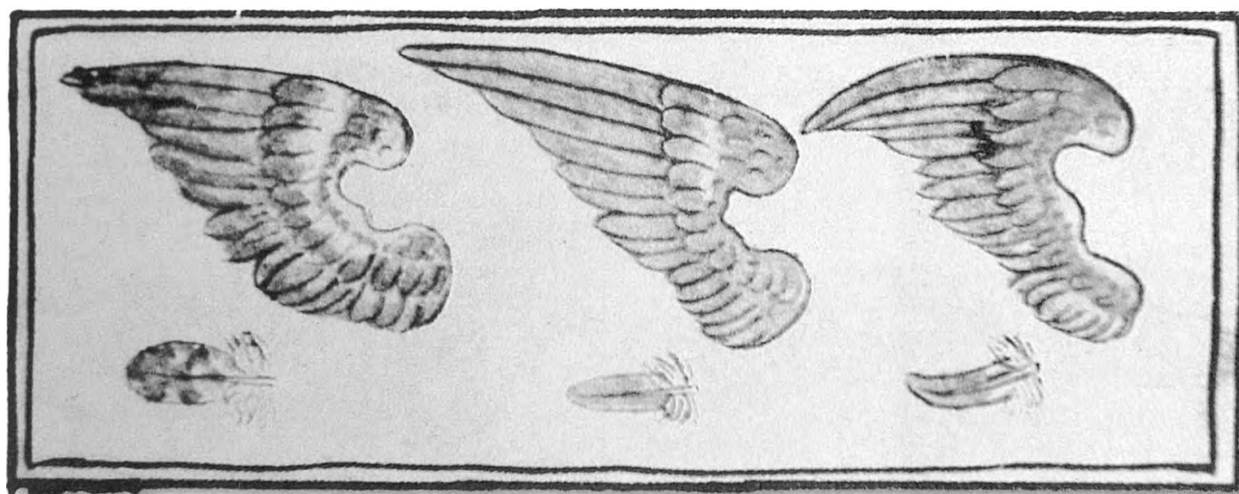
la plata que salió de la Nueva España, en especial de Guanajuato y Zacatecas, los principales productores.

El carbón también era utilizado por los alfareros y los que producían cerámica. En Zintzuntzan los naturales se ocupaban en fabricar loza ordinaria, vasijas y guajes domésticos, los cuales se «consumían en toda la provincia» y en los pueblos circunvecinos. En Cocucho las mujeres se distinguían por fabricar ollas, en esta área de la Meseta Purépecha la actividad se caracteriza por ser exclusiva del género femenino.

Las manos purépechas también del árbol sacaron tinte y miel. En 1792 se informó que en Apo y en Ziracuaretiro los naturales se ocupaban principalmente en colmenear y fabricar añil silvestre en las sierras inmediatas; además, sembraban maíz de temporal en escasos terrenos que alquilaban. En los montes inmediatos reco-

24. M. de J. Torres, 1914:119.





gían añil silvestre, después era depositado en canoas, se humedecía hasta que se comenzaba a descomponer. Luego lo batían convenientemente hasta lograr algunas porciones del tinte; el producto en pasta era vendido en Pátzcuaro en pedazos de medio real cada uno.

Otra actividad que destacó por proceder de manos purépechas fue la cantería, la cual consistió en la explotación de la cantera rosa en el distrito de Pátzcuaro, Tlazazalca y Atotonilco. Desde 1580 se indicó que en Tiripitío se trabajaba la cantera, «buena y mucha»; ahí producían portadas de iglesias y de casas particulares; se afirmó que labraban la cantería con picos metálicos y que antes «solían labrar con una piedra», es decir, con la llegada de los españoles los instrumentos pasaron de la época de piedra a la edad de los metales. Los purépecha laboraban minuciosamente y trabajaban con todo cuidado los detalles de su obra, «con tanta prolixidad» que «su oficio era muy pulido».²⁵

Las manos purépechas del hombre emprendedor y activo eran fuertes y resistentes. Similares a las tenazas que funcionaban en el frío y en el calor; gruesas, anchas y callosas fueron las manos que manejaron los instrumentos de labranza en la agricultura, ya sea como peones, labradores, alquilados y propietarios. Por cualquier rincón michoacano se les encontró en Pareo, Tocuaro, Pátzcuaro, Janitzio, Cuanajo, Zipiajo, Coeneo, Erongarícuaro, Ajuno, Tumbio, Cherán, Aranza, Tanaco, Urapicho, y etcétera. El natural al ser despojado de su espacio vital, ocupó sus manos en los trabajos ma-

nuales y en pocos informes se pudo observar situaciones distintas; Pátzcuaro, Janitzio y Cuanajo eran las únicas localidades que poseían espacios habitacionales suficientes, los demás pueblos de la doctrina estaban en urgente necesidad de que se les asignaran 600 varas de terreno útil, por todos los vientos; para que de este modo sus moradores posean las tierras necesarias y dejen de ausentarse y para que logren su aumento.

Por otra parte, se observó que las manos purépechas fueron dinámicas en el tiempo y se adaptaron a las tareas que les impuso la cultura occidental. El purépecha adaptó sus manos a las nuevas actividades que fueron inherentes a la ganadería. En 1792 se observó que en Nahuatzen, Cherán Atzicurin, Coeneo, Tarejero, Zacapu, Naranja, Tiríndaro, Comanja, Asajo se ocuparon en curtir cueros, elaborar zapatos y sillas que «luego van a vender a las ciudades más inmediatas». Actividad que también fue combinada con la agricultura. La herrería destacó en San Felipe de los Herberos en la Meseta Purépecha.

FUENTES PRIMARIAS

Archivo General de la Nación, México
Civil
Historia, vol. 72 y 73.
Indios
Mercedes
Tierras

25. A. Ochoa y G. Sánchez, 1985:191, 192.

BIBLIOGRAFÍA

- AJOFRÍN, Francisco, «Diario del viaje que hizo al América en el siglo XVIII» *Michoacán desde afuera. Visto por algunos ilustres visitantes extranjeros. Siglos XVI al XX*. México, El Colegio de Michoacán-Gobierno del Estado de Michoacán-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1995, pp. 121-142.
- BOEHM DE LAMEIRAS, Brigitte; Gerardo SÁNCHEZ DÍAZ y Heriberto MORENO GARCÍA, *Michoacán desde afuera. Visto por algunos ilustres visitantes extranjeros. Siglos XVI al XX*. México, El Colegio de Michoacán-Gobierno del Estado de Michoacán-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1995, 467 p.
- CASTRO GUTIÉRREZ, Felipe, *La extinción de la artesanía gremial*. México, UNAM, 1986, 188 p.
- GAGE, Thomas, "Nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales" *Michoacán desde afuera. Visto por algunos de sus ilustres visitantes extranjeros. Siglos XVI al XX*. México, El Colegio de Michoacán-Gobierno del Estado de Michoacán-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1995, pp. 115-120.
- LAET, Joanes de, «Mundo Nuevo o descripción de las Indias Occidentales» *Michoacán desde afuera. Visto por algunos de sus ilustres visitantes extranjeros. Siglos XVI al XX*, México, El Colegio de Michoacán-Gobierno del Estado de Michoacán-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1995, pp. 99-114.
- MAZA, Francisco de la Maza, *San Miguel de Allende. Su historia. Sus monumentos*, México, Frente de Afirmación Hispanista, A.C., 1972, 233 p.
- MORENO GARCÍA, Heriberto, «Viajeros por Michoacán en la época colonial», *Michoacán desde afuera. Visto por algunos ilustres visitantes extranjeros. Siglos XVI al XX*. México, El Colegio de Michoacán-Gobierno del Estado de Michoacán-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1995, pp. 25-52.
- OCHOA SERRANO, Álvaro y Gerardo SÁNCHEZ, (eds.) *Relaciones y memorias de la provincia de Michoacán 1579-1581*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Ayuntamiento Constitucional de Morelia, 1985, 237 p.
- PAREDES MARTÍNEZ, Carlos, Marcela Iraís PIÑÓN FLORES, Armando M. ESCOBAR OLMEDO y María Trinidad PULIDO SOLÍS, *Michoacán en el siglo XVI. El tributo indígena. La tenencia de la tierra. Las encomiendas. El trabajo indígena*. México, Fímax publicistas, 1984, 444 p.
- PAREDES MARTÍNEZ, Carlos, VÍCTOR CÁRDENAS MORALES, Iraís PIÑÓN FLORES y Trinidad PULIDO SOLÍS, «Y por mí visto...» *Mandamientos, ordenanzas, licencias y otras disposiciones virreinales del siglo XVI*, México, CIESAS/UMSNH, 1994, 549 p.
- ZAVALA, Silvio, *El servicio personal de los indios de la Nueva España, 1521-182*, México, El Colegio de México-El Colegio Nacional, 7 vols., 1984-1995

